

El Arte

Revista hebdomadaria.

Núm. 44.

4 de Noviembre de 1899.

Año I.

Profecía cumplida.

ESTRATON

Ya todos los barcos habían abandonado el puerto con dirección á sus respectivos destinos, y sólo el *Azor* (el mejor velero de la ría, según opinión de los viejos marineros que conocían sus cualidades náuticas) permanecía en la rada balanceándose gallardamente al impulso de las olas que el terrible *cordón de San Francisco* empezaba ya á agitar.

Su capitán, el valiente Antonio, no se preocupaba, sin embargo; tan embelesado estaba en sus amores con la hermosa Carolina, la muchacha más graciosa de toda la costa que el Atlántico baña con sus inquietas aguas.

No era esto del agrado del buen Juan el contramaestre, el cual había mecido sobre sus piernas á Antonio cuando su difunto padre mandaba el *Azor*, al que miraba como su propia casa.

¡Cuántos barquitos de madera había labrado á Antoñito con su cuchillo de mar! ¡Y cuántas veces le paseó en el bote de á bordo por la bahía! Ahora su cargo, además de su confianza con el capitán, le daban derecho á hacer algunas observaciones que jamás Antonio dejó de tener muy en cuenta, pues le constaba eran hijas de una larga experiencia.

Esta vez, sin embargo, no hizo mucho caso de ellas, puesto que vemos al *Azor* sin dar señales de aparejar, mientras que todos los demás veleros habían zarpado hacia unos días.

Antonio tenía confianza en su barco y sabía cómo se portaba en los temporales, alguno de los cuales había corrido á su bordo.

Además, ¿no estaba allí Carolina, su prometida, que pasaría á ser su esposa á su vuelta de América? Por una hora á su lado daba con gusto un año de fatigas y peligros.

Así pasaron algunos días, hasta que por fin un día el contra-

maestre se decidió á hablar seriamente al capitán, y parándose delante de él y cruzando los brazos, le preguntó después de saludarle:

—¿Cuándo aparejamos, capitán?

—Pronto, pronto,—contestó él para evadirse.

—Mire usted que ya hace días que estamos solos en el puerto.

—Y aun así, volveremos los primeros; nuestro bergantín es andador, y le sobra el tiempo.

—Sí,—dijo el marinero moviendo gravemente la cabeza,—quizá volvamos antes que lo deseemos; yo no lo temo por mí, pues ya sabe usted que no me disgustaría que me enterrasen donde he nacido.

—No volveremos de ese modo, Juan; es necesario que hoy viva más que nunca, puesto que á la vuelta me casaré con Carolina, la muchacha más bonita y más graciosa que ha visto ponerse el sol detrás del Finisterre.

—Pues si hemos de volver pronto, nada mejor que zarpar en seguida.

—Ya sabes que en este tiempo el viento no escasea y nuestro *Azor* sabrá aprovecharle.—Y al decir esto apoyaba su brazo sobre el hombro del contramaestre.

—Es cierto que el viento no escasea; pero es muy fácil que *sobre*, y temo que San Francisco nos *azote* con su *cordón*.

—¿Te acuerdas del cabo de San Vicente? El *Azor* sabe resistir.

—Bueno, bueno, D. Antonio, como usted quiera; pero como reza el refrán, *hombre prevenido, vale por dos*.

—¿Está todo listo?

—Desde hace seis días.

—Pues mañana por la tarde zarparemos.

—Ya debía ser hoy; pero en fin, *nunca es tarde si la dicha es buena*.

Alejóse Antonio, y Juan echó á andar con dirección al muelle, mascullando predicciones de no muy buen agüero.

Entre tanto Antonio llegó á la casa de su adorada Carolina con objeto de apurar hasta la última gota la felicidad de estar á su lado.

—Carolina—dijo Antonio después de coger entre las suyas una de las manos de aquélla:—mañana abandonaré el puerto, porque además de ser el último en marchar, quiero ser el primero en volver; puesto que á mi vuelta serás mía, seremos dichosos; y la dicha, Carolina de mi vida, no debe retardarse. ¿Verdad, prenda mía?

Todo aquel día, el otro hasta las cuatro de la tarde, se fueron

en protestas y juramentos de fidelidad. Ambos se amaban entrañablemente, y jamás Carolina consentiría en unirse á otro que no fuera su Antonio del alma; ni él á otra que no fuese su Carolina.

A las cuatro y media, Antonio ocupaba su puesto en el puente, y el *Azor*, libre de sus amarras, empezaba á abrir sus alas extendiendo todo su trapo.

Toda la gente desocupada del pueblo había acudido á ver maniobrar el *Azor*, y entre ella estaba, como es de suponer, Carolina.

Entre los curiosos, un grupo de marineros examinaba el horizonte, y uno de ellos exclamó moviendo la cabeza:

—Si el *Azor* se salva de esta, será el barco más marinero del mundo.

—¡Verdad!—contestaron todos.

—No envidio á los que van dentro—dijo otro.

—Ni yo tampoco—contestó un tercero.

Entretanto el bergantín enfilaba la boca del puerto cortando las olas con su tajante *roda*, y los pañuelos se agitaban tanto á bordo como en tierra, al mismo tiempo que dos lágrimas corrían simultáneamente, la una por las mejillas de Carolina y la otra por las de Antonio, que esta vez no pudo resistir.

Ya los curiosos abandonaban el muelle; y al pasar los marineros cerca de Carolina, que permanecía inmóvil, dijo uno, no tan bajo que ella no lo oyese:

—La novia del capitán parece que llora.

—Más aún ha de llorar,—contestó otro.

Esto fué para Carolina como una corriente eléctrica, pues salió corriendo á buscar otro punto de vista.

Al poco rato, para los tripulantes del *Azor* el pueblo desaparecía detrás de una punta, y el buque, á una orden de su capitán, orzó un cuarto, pasando casi á 20 brazas de la costa.

Esta maniobra llamó la atención del contramaestre; pues, según él, lo que convenía era alejarse de la costa cuanto más antes, para no perder luego algunas millas rodeando los bajos que se ocultan bajo las aguas del *Corrubedo*, á donde llegarían ya de noche.

No pensaba en esto Antonio, que con los anteojos puestos sobre la punta estaba completamente abstraído. Sobre aquella punta estaba Carolina con los ojos arrasados de lágrimas, los oídos atormentados por la terrible frase del marinero, la que encerraba para ella toda una vida de desesperación.

Por fin el *Azor* perdió de vista la punta, y entonces fué cuando

Juan le preguntó si mandaría orzar con objeto de tomar por fuera los bajos.

—No,—le contestó Antonio,—pasaremos entre ellos.

El buen marinero se fué, rascándose una oreja y diciendo por lo bajo: «Si estuviéramos en Cuba, estarían de fiesta los tiburones.»

Poco después el viento saltó al Nordeste y empezó á soplar con toda su fuerza; gruesas olas batian los costados del *Azor*, y la resaca y las numerosas rompientes á que dan lugar los bajos contrarrestaban el efecto del timón.

El capitán luchaba por sacarle de aquel laberinto de escollos, contra los que á cada momento amenazaba deshacerse.

.....
.....
Vino la noche, una noche de tempestad con todos sus horrores; los truenos y relámpagos menudeaban, los primeros haciendo retumbar las esferas y los segundos iluminando escenas de desolación y muerte. Los náufragos del *Azor* luchaban, pero en vano, contra los elementos desencadenados.

Una escena, si no tan terrible, no menos conmovedora, tenía lugar en casa de Carolina, en una habitación que era la suya, cuya ventana daba al puerto. Delante de un cuadro de la virgen del Carmen está aquélla arrodillada, el pelo suelto, la mirada inflamada y vaga; sus labios, cárdenos por el espanto, balbucean apenas una oración; de cuando en cuando, y sin miedo á la lluvia que azota su rostro, levántase y con vacilante paso se dirige á la ventana, espera un relámpago y á su luz examina la entrada del puerto; pero ¡ay! que el *Azor* no arriba; siempre el mismo furor de los elementos, con su horrisono bramido, capaz de helar la sangre en las venas.

De pronto, su oído cree percibir un ¡ay! desgarrador traído por el viento; escucha con atención, y sin respirar vuelve á oírle; y veloz como una bala, se precipita á la calle, se dirige á la playa, y corriendo como una loca, cayendo aquí y levantándose para volver á caer más allá, sigue sus sinuosidades, llamando á gritos á su Antonio. Los restos de un bote que ve flotar á la luz de un relámpago llaman su atención, y hacia ellos vuela, desgarrando sus carnes á cada caída... Por fin, llegó, y ¡oh, maldición! el cadáver aún palpitante de Antonio yace allí, con la cabeza destrozada entre dos peñas.

Agarróse á aquél cadáver con toda su fuerza, besóle mil veces y cayó á su lado desplomada.

Un día delicioso sucedió á tan horrible noche iluminando los

restos de tan espantosa catástrofe, y los pescadores pudieron recoger entre ellos dos cadáveres fuertemente abrazados.

Eran Antonio y Carolina.

La profecía del contramaestre se había cumplido.

Nelson

Á UNA COQUETA

Bella y necesario al par
no es la espiga vanidosa,
que su lema es la modestia
porque la modestia es honra.

Un hijo da en cada grano
y en su interior aprisiona
cuantos puede, como madre
solicita y cariñosa.

Para no ostentar sus galas
hasta carece de hojas,
y á un solo amante, su tallo,
sus caricias y congojas
ofrece, y á él da su vida,
pues cuando el tallo se troncha
la espiga busca la muerte
por no vivir ella sola.

Tú, en cambio, que nada eres,
y en el mundo nada importas,
y sabes que tu belleza
del tocador sólo es propia,
c mo hija del artificio
y hermana de la deshonra.

Tú, mujer, que sólo piensas
en lucir tus bellas joyas.

Tú, que tienes mil amantes
y prodigas mil lisonjas,
y juegas con todos ellos,
y oyes risueña sus bromas.

Tú, mujer, que nada eres
v en el mundo nada importas,
¡de la espiga no te acuerdas
ingrata, por vanidosa!

ANÉCDOTA

Preguntáronle á Milton: ¿Por qué
un principe reinar
cuando es tan joven que tan sólo cuenta
catorce años de edad,
y en cambio si no tiene diez y ocho
no se puede casar?

Y á tal pregunta contestó aquel sabio:
La cosa es natural;
que á una mujer, es mucho más difícil,
que á un reino, gobernar.

Rafael García Hinojosa

Las víctimas del pedrisco.



x

Mil colores derrochando
y esparciendo mil olores
se veían varias flores
de refulgente matiz,
columpiándose tranquilas
en sus ramas primorosas,
y adornando cariñosas,
los balcones de Madrid.

—

¡Oh, qué contentas estaban
en las caricias nadando
que el cielo íbalas mandando
con un sol primaverál!
¡Qué felices cuando el agua
les daba vida y frescura,
vertida por mano pura
de joven angelical!

—

Mas un día, ¡día aciago!
se fué encapotando el cielo
hasta teñir su azul velo
de ceniciento color,
para ocultar en los pliegues
de tan funesta cortina
la desventura y la ruina,
el espanto y el dolor...

—

Y nubes espesas la tarde envolvieron,
y anuncios de muerte do quier se escucharon,
y ruidos horribles pavor infundieron,
y piedras las nubes con furia lanzaron,
y el viento bramaba con recio furor...
Temblaban los hombres, las aves caían,
y un ¡ay! dolorido muriendo exhalaban,
los árboles todos sus hojas perdían,
cristales partidos el ruido aumentaban;
crecía el estrago, crecía el horror.

Después... los nubarrones se retiraron
y el azul de los cielos ver nos dejaron;
el sol en el Ocaso mostró su frente,
ni tan bella como antes ni tan luciente;
y era que no podían sus resplandores
envolver en sus besos à nuestras flores,
que la piedra inclemente matado habia
y en su entraña de hielo las comprimía...

xx

Ya, en sus tallos primorosos
las corolas columpiando,
hay menos flores ornando
los balcones de Madrid.
Ya, derrochando belleza
y esparciendo mil olores,
no hay tantas alegres flores
de refulgente matiz.

—
Y es fama que todas ellas,
al verse con fuerza heridas,
y caer al suelo partidas
por la piedra criminal,
mirando el frío abandono
en que tristes las de aba
la mano, que las regaba,
de joven angelical,

—
dijeron: «Si tanto ¡oh cielos!
nos estiman las doncellas,
porque ensalzamos en ellas
sus atractivos de huri,
¿por qué así nos abandonan,
siendo su mejor encanto?
¿Por qué, si nos quieren tanto,
nos dejan morir así?»

H. Melchor Merino

NO FIARSE



En la amistad (si es cierta) de algunas gentes
que pasan en el mundo plaza de buenas,
de amables, de sinceras y de prudentes,
se hallan mil ligerillos... inconvenientes,
à más de otros defectos à manos llenas.

Si esa clase de gentes te sale al paso
y empiezan por hablarte mal de otros seres...
no te fies; lo mismo, si viene al caso,
cuando vuelvas la espalda, con juicio escaso,
criticarán tus penas ó tus placeres.

Si te adulan y ensalzan... no te lo creas,
tal vez alguna burla tramar intentan;
y si en broma te dicen cien cosas feas...
afirma son reflejos de las ideas
que en tu ausencia se emiten y se comentan.

Si tu amistad la pintan muy vehemente,
desconfía y observa, y à cualquier hora
quedarás convencido, bonitamente,
que esa clase de *gente* tan... complaciente,
tan pronto te aborrece como te adora.

Que amistades muy pocas hay en la vida
que sean como deben; y con el tiempo,
aquel que por desgracia siente una herida,
suele aprender que el mundo pródigo cuida
en regalar al prójimo males sin cuento.

Antonia Buslos

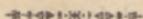
Cantar.



¿Por qué me miras, si dices
que no me puedes ver, niña?
Aquello que se desprecia
siquiera se le mira.

Juan de Contreras Lobit

Siluetas callejeras.



XV

EL COCHERO

Envuelto en su recio capotón, calada la gorra de reglamento, empuñando en sus manos las bridas, scporta desde lo alto del pescante las inclemencias de los elementos en la estación invernal.

Maldiciendo sin duda de su destino, pasa las horas tiritando, en tanto que los elegidos de la fortuna disfrutan riquezas y comodidades, albergándose en sus lujosos hoteles, rodeados de envidiable *comfort*.

Una pareja de enamorados ha alquilado su coche, y, ya dentro del vehiculo, se arriman tanto el uno al otro, que sólo puede dispensárseles en atención á lo desapacible de la temperatura.

Hasta los oídos del cochero llega el murmullo continuado de su amorosa conversación y las alegres carcajadas de los esposos.

Y él, impassible, fustiga al caballo, recorre calles y más calles, y al fin se detiene delante de una casa en la cual penetran los enamorados.

A él le es permitido llegar hasta las puertas del santuario del amor, mas no atravesar sus umbrales.

Otras veces es un capitalista, un agente de Bolsa, un hombre, en fin, de quien puede decirse que nada en la abundancia, el que alquila un carruaje para acortar las distancias y llegar á tiempo á donde es necesaria su presencia.

Y él muele á palos al escualido penco por servir á los parroquianos, y ganar una miserable propina, que, convertida en una copa de vino, reaccionará su entumecido cuerpo. Y al detenerse en el término de su viaje, tampoco le es dado penetrar en los centros donde se habla de millones como de *perros chicos*.

Y si es á los ateneos, museos y academias á donde conduce á los sabios y á los artistas, él llegará hasta sus puertas sin poderse entremeter en las regiones del arte.

En el carruaje que guia, entran el amor, la hermosura, el capital, sin que dejen en él huellas de su paso.

Pero tampoco las dejan el tahir, la ramera, el sablista y tantos otros seres despreciables como le utilizan.

A cualquier hora del día ó de la noche, está dispuesto el automedonte para emprender la carrera.

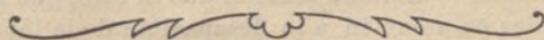
En los meses del verano, véense llenos de coches los alrededores, y entonces todos los que los montan revelan en sus rostros la alegría que les produce viajar.

Los días que hay corridas de toros, ó se baja á la pradera, ó se organizan giras campestres allá van los coches conduciendo el buen humor y la alegría.

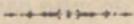
En cambio, cuando colocados en hilera marchan detrás de la carroza mortuoria formando parte del fúnebre cortejo, sin saber por qué, se advierte en ellos un tinte de tristeza, inexplicable si se atiende á la materialidad del coche, mas no si se mira á los que van en ellos abatidos por el dolor.

El cochero llega hasta las puertas del cementerio, y allí parece escuchar una voz secreta que le grita:

—Más tarde ó más temprano vendrás aquí, porque este es el único sitio que para ti no está vedado.



Los reyes del espacio.



Envidio al ave
que en el espacio,
lejos del mundo
puede vivir,
porque los hombres
son impotentes
para á su idillio
ponerle fin.

—
No tienen leyes
que les impongan,
de hombres tiranos
la voluntad.

No tienen cárcel
donde cautivos
lloran perdida
su libertad.

No tienen armas
con que á sus vidas
trágicos fines
puedan poner.

No les obligan
á que la sangre
de sus hermanos
hagan correr.

—
Suyo es el bosque,
suyos los campos
de la luz gozan,
el esplendor.

Suyo es el árbol
donde se aduermen
y en dulce éxtasis
mueren de amor.

—
Con armoniosos
y gratos trinos
cantan las glorias
de la creación.

Menos ingratos
que los humanos,
de Dios alaban
la perfección.

INSTANTÁNEAS



Cuanto más me rechazas,
con tanto más afán á tí me acerco;
cuanto más me aborreces,
mayor es mi pasión y más te quiero.



Cuando mi amor rechazas,
en suicidarme pienso;
pero al ir á intentarlo
para así poner fin á mi tormento,
reflexiono y me digo:
¡cómo voy á quererte si me muero!



Nace una flor; la aurora
la da fragancia y vida,
y sus vistosas galas
muestra arrogante, altiva.
Muere después; sus hojas
se desprenden marchitas,
y el huracán violento
las reduce á cenizas.
Así del ser mortal son los ensueños,
las tiernas ilusiones que imagina;
así la flor de la esperanza muere
y en ruín polvo se queda convertida.



Al volcán encendido,
la gente, temerosa, no se acerca.
¡Cómo no he de estar solo, si mi pecho
sólo un volcán encierra!

EXCENTRICIDAD

—♦♦♦♦♦—

A la bella Srta. Carolina Caballero, en el día de su santo.

Costumbre rancia y vulgar
es la de felicitar
al que celebra su santo;
costumbre que yo censuro,
sin tener por muy seguro
haga cualquiera otro tanto.

—

Mas, aunque yo no la siga,
no faltará quien me diga:
—Tiene usted razón sobrada.
Felicitar al que asienta
un año más en la cuenta
es... una broma pesada.—

—

¿No ha de serlo? Sí, señor.
¿A quién no causa dolor
que, si se mira al espejo,
una arruga de su frente
ó alguna cana insolente,
le grite con rabia:—¡Viejo!

—

En vez de:—¡Felicidades!—
al sumar en las edades
un año más, cual yo cuento,
fuera mejor, sin engaño,
el decir:—¡Ay!... le acompaño
á usted en el sentimiento.—

—

Lo contrario es un insulto,
pues tiene poco de culto
aunque sea muy corriente;

por eso, no te diré:
—¡Felicidades!—cual sé
que ha de decirte la gente;

—
sino que, con honda pena
de dolor el alma llena,
te digo:—¡Carola mía!
por lo mucho que te adoro,
sinceramente deploro
llegue tan presto este día;

—
pues si á prisa se sucede
el tiempo, que es el que puede
robarnos la juventud,
¡ay! nos dejará á la puerta,
que está de continuo abierta,
de la triste senectud;

—
y al hacernos traspasar
su dintel, y penetrar
en tan lóbrega mansión,
veremos ¡ay! que la vida,
en aquél trance perdida,
es tan solo... ¡una ilusión!

.....
Por eso, de mí no esperes
Felicidades. ¡Qué quieres!
siempre digo lo que siento.
Yo te diré, cada un año:
—¡Carolina! Te acompaño
en tu justo sentimiento.

Carlos Fernández Ortuño



PERDÓN

Ya no tengo esperanza
De que acabe jamás la pena mía,
Porque al perder en tí mi confianza
No he perdido el amor que te tenía.

(CAMPOAMOR.)

Era la hora en que la noche
Baña el mundo con sus tintas
Y la luna desde el cielo
Su sonrisa nos envía.

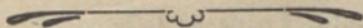
.....
Arrodillados los dos
Allí, en la obscura capilla
Que por alumbrar las sombras
Cuatro velas iluminan,
Rezábamos por que el cielo
Conservase nuestra dicha
Ante una imagen de Cristo
Que de la pared pendía,
Contemplando yo en silencio
A ella, á la mujer querida
Por quien si fuera preciso
Mi vida entera daría,
Que envuelto su bello rostro
En la ondulada mantilla,
No parecía mujer,
Sino aparición divina.
¡Dios mío! ¡Si me olvidara!
Pensó mi mente afligida.
¡Si me engañara por otro,
Qué pena la pena mía!
Y acercándose á su oído,
Con voz que apenas se oía,
Le dije:—¿Me olvidarás?
Y me contestó en seguida:
—Yo te juro y te prometo,
Por esa imagen bendita,
No dejar de amarte nunca,
No olvidarte mientras viva.
Y si faltó á mi promesa,
Que esa imagen me maldiga

Y castigue mi delito
Con la pena que le pidas.

.....
.....

Yo no sé lo que senti
Cuando supe la noticia;
Me hirió el alma el desengaño,
Y salieron de la herida
Lágrimas que me quemaban
Y bañaban mi mejilla.
Se agolparon á mis labios
Frasas para maldecirla,
Y al recordar la promesa
Que hizo de amarme, aquel día,
Corrí loco y sin aliento,
Llegué á la obscura capilla
Y me arrodillé ante el Cristo
Que de la pared pendía.
Pensé pedirle un castigo
Para vengar su falsía,
Que fuese terrible, inmenso,
Que atormentase su vida
Con una pena muy grande,
¡Tan grande como la mía!
Mas recordé que allí mismo
Estuvo ella de rodillas,
Junto á mi, pidiendo al Cielo
Conservase nuestra dicha.
Pensé en su rostro, que envuelto
En la ondulada mantilla,
Más que rostro de mujer
Era aparición divina.
Cesó de decir mi labio
Frasas para maldecirla;
Las lágrimas continuaron
Saliendo de mi alma herida,
Y alzando al Cielo los ojos,
Dije con voz indecisa:
¡Perdón para ella, Dios mío,
Que nó supo lo que hacía!

Mariano Berdejo



Á T Í

Cual carmen sevillano
tienes la cara;
muchos que te han querido,
tú despreciabas;
¿Por qué, morena,
has de hacer esas cosas
con quien te aprecia?

Cual manojo de rosas
son tus mejillas,
que á las flores de Mayo
dieron envidia:
y esos ojazos,
con un par de luceros
yo los comparo.

Cual perlas son tus dientes,
tu voz de un ángel,
y tus cabellos negros
cual azabache.
Vales, chiquilla,
más que todos los cármenes
que hay en Sevilla.

Agustín Fernández García.

Rompe-cabezas.



Se trata de cortar la figura adjunta con un solo golpe de tijera y formar luego otra figura regular, quedando en el centro la portada de EL ARTE.

¿Son nuestros lectores capaces de hacerlo?